

COMUNIDAD PREDICADORA: ¡SAL DE TU TIERRA!

Madrid 27 y 28 de diciembre de 2013

Planteamiento

El tema propuesto que, todo considerado, se ha estimado útil para desarrollar en estas jornadas, se centra en la llamada que recibe una «Comunidad Predicadora», a *mantener una disponibilidad* para «salir de sí misma», para buscar más allá de unos conocidos horizontes, quizás recortados, limitados, o excesivamente familiares, para que esté dispuesta a *continuar el camino* hacia la meta que le es propia, como grupo que tiene una *definición* y unos *medios*, repetidamente indicados y experimentados.

La llamada se hace a una «Comunidad Predicadora», se entiende a una comunidad religiosa que, a los principios que animan su vida común, añade un compromiso bien específico, el de la «predicación».

En realidad, no se dirige esta llamada a una comunidad que se ha de constituir o fundar, sino ya constituida, con larga trayectoria y con resultados reconocidos que ha logrado en su peregrinar por el espacio y el tiempo.

Más en concreto, la llamada se hace a una *comunidad dominicana*, constituida dentro de la comunidad eclesial desde hace siglos, y que se ha «reavivado» en la época contemporánea, gracias al ministerio clarividente, generoso y sacrificado de San Francisco Coll, cuyo mensaje, luz y protección se proyecta hoy hacia la entera catolicidad, hacia la Iglesia universal.

Está claro que la «Comunidad Predicadora», llamada a *traspasar fronteras* de todo tipo, es la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata, con una trayectoria en estos momentos de más de 157 años.

* * *

¡Sal de tu tierra!

La llamada está formulada en el *tiempo imperativo* del verbo «salir». No se trata tan solo de una «invitación», sino de algo más *apremiante*. El empleo del verbo en imperativo resulta familiar, dentro de la atmósfera que forma en nuestro entorno en uso continuado de la Palabra de Dios.

Este imperativo «sal, tu; salid, vosotros», estimula a “pasar de una parte a otra; de una cosa a otra; de la parte de dentro a la parte de fuera”. Impulsa también a “partir”, “ponerse en camino”, “marchar de un lugar a otro”, a “librarse de algún lugar estrecho”. Incluso, a “nacer”, a “brotar”.

¡Cuánta riqueza de matices tiene nuestro verbo «salir», emparentado con el latino «salio». De este recibe el significado inmediato de: “lanzarse”, “saltar”, “arrojarse” y también de “brotar”. Por ejemplo, se refiere al brotar el agua de una fuente, en las laderas de las montañas, después de albergar a lo largo de los meses de invierno importantes neveros. El verbo latino «salio», del que deriva nuestro «salir», encierra entre sus significados el “salir, o despuntar, una planta de la tierra, el salir los tallos, las hojas o los renuevos de la misma”.

* * *

El imperativo que impulsa a «salir», en la Biblia

Nos atrevemos a utilizar el verbo *salir*, con toda la riqueza de contenido que incluye, en su tiempo “imperativo”, porque a ello estamos acostumbrados por el lenguaje bíblico, por la lectura y meditación de la Sagrada Escritura. Bastaría traer a la memoria algunos pasajes, convencidos como estamos, de que en la *Biblia* tenemos una *luz suprema* que ilumina nuestra *fe* y nuestro *caminar* desde la misma. Traemos a la memoria, a este propósito, aquel texto de la constitución dogmática «*Dei Verbum*», sobre la divina revelación, del concilio Vaticano II:

«La Iglesia ha considerado siempre como *suprema norma* de su fe la Escritura unida a la Tradición, ya que, inspirada por Dios y escrita de una vez *para siempre*, nos transmite inmutablemente la *palabra del mismo Dios*; y en las palabras de los Apóstoles y los Profetas hace resonar la *voz del Espíritu Santo*. —Por tanto, toda la *predicación* de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de *alimentar y regir* con la Sagrada Escritura. —En los Libros sagrados, el Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al *encuentro* de sus hijos para conversar con ellos» (n. 21).

* * *

TEXTO PARA LA REFLEXIÓN

La Sagrada Escritura, fuente de vida y recurso de predicación para Santo Domingo

Octavo modo de orar

«El padre santo Domingo tenía otro modo de orar, hermoso, devoto y grato. Impulsado por la devoción que le había transmitido la Palabra de Dios cantada en el coro o en el refectorio, se iba pronto a estar solo en algún lugar, en la celda o en otra parte, para leer u orar, permaneciendo consigo o estando con Dios. —Se sentaba tranquilamente y, hecha la señal protectora de la cruz, extendía ante sí algún libro, leía y se llenaba su mente de dulzura, *como si escuchara al Señor que le hablaba*, en conformidad con lo que se dice en el salmo: *Voy a escuchar lo que dice el Señor* [Sal 84, 9].

Si algún curioso quisiera observarle a escondidas, el padre santo Domingo se le hubiera asemejado a Moisés, que se adentró en el desierto, llegó al monte de Dios Horeb, contempló la zarza ardiendo, al Señor que le hablaba y él se humillaba [Gen 3, 1-6]. Pues este monte era el profético monte de Dios. —Al instante pasaba de la *lección* a la *oración*, de la oración a la *meditación* y de la meditación a la *contemplación*.

A lo largo de esta lectura hecha en soledad, *veneraba el libro*, se inclinaba hacia él, y también lo besaba, en especial si era un códice del Evangelio, o si leía *palabras que Cristo había pronunciado con su boca*. A veces ocultaba el rostro y lo cubría con la capa, o escondía la cara entre sus manos, velándola un poco con la capucha. Lloraba lleno de congoja y de dolor; y también, como si agradeciera a un alto personaje los beneficios recibidos, se levantaba un poco con toda reverencia e inclinaba su cabeza. Plenamente rehecho y tranquilo, leía de nuevo en el libro».

* * *
* *

I.- Algunas llamadas a «salir», en el Antiguo Testamento

1.- ¡Sal del arca! manda Dios a Noé

En el libro del Génesis, Noé recibe una llamada a «salir del arca», él y cuantos le acompañan. El sentido que tiene esta llamada es para que, a través de este grupo, se *inicie una nueva etapa de la historia* de la humanidad llamada a la salvación.

Esta nueva etapa se ha de desarrollar *en la tierra* (Gen. 8, 16). Han de ser portadores de la novedad de una humanidad salvada del diluvio en la tierra que habitan, sin limitación de territorios, sin exclusión de países, de culturas que se formen, de razas que se configuren.

Por cierto, esta nueva etapa de la historia de la salvación, que es figura de la plenitud de los tiempos, *se inaugura ante el altar* que construye Noé a Yave.

Constituimos la nueva humanidad prefigurada en aquella que estaba en el arca y fue impulsada a salir. Es la nuestra, la *humanidad de la gracia*, que comienza en el bautismo. Esta gracia nos *inserta en la Iglesia*, cuya *figura fue el arca de Noé* (Santo Tomás, Suma de Teología II-II, q 173, a 3, co) (La Iglesia, llamada a “salir”). —En la época de Santo Domingo se hablaba de las «edades del mundo» (In IV Sent, dist. 40, a 4, ex).

La *primera* iba de Adán a Noé. La *segunda* de Noé a Abraham, en la que se operó una *renovación de las promesas de salvación*, tras la destrucción causada por el diluvio.

Seguían otras edades. La *tercera* iba de Abraham a David. La *cuarta* de David a la deportación a Babilonia, en la que floreció la ley bajo los reyes y profetas.

La *quinta*, desde la trasmigración a Babilonia hasta Cristo, en la que el pueblo se vio cautivo y liberado. La *sexta desde Cristo hasta el final*, en la cual *se realiza la redención del género humano*.

- En la llamada a salir del arca tras el diluvio tiene que verse *reflejada*, desde luego, una «*comunidad predicadora*», que vive y que ha de *llenar de sentido la sexta edad del mundo*. Lo antiguo ha pasado. La humanidad es, de *derecho, nueva*. La redención se ha obrado y abarca a todos. No excluye a nadie. ¿Cómo no sentirnos llamados a «vivir» y «salir» para portar el anuncio y la vida de esta realidad, que es asunto de tanta importancia, de la máxima trascendencia y alcance? Porque, todos están llamados a obtener la redención. Pero hemos de observar que el mensaje de este texto bíblico (Gen 8, 20) pone de relieve, que la nueva humanidad comienza en el altar, que construye Noé a Yavé.

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

En un verdadero «diluvio», se vio inmerso San Francisco Coll, jovencísimo profeso «hasta la muerte», al desencadenarse la *guerra civil* (1833) y, más cercana todavía a su entorno vital, la *exclaustración* general de los religiosos. Recordemos que, solo dominicos, fueron arrojados de sus conventos algo más de tres mil religiosos (1835). Su «arca de salvación» fue, primero, el entorno familiar de Gombren. Pronto, sin embargo, pasó a la acogedora familia de D^a María Masferrer, viuda de Pedro Coma, en Puigseslloses.

«Cuando les echaron del convento, un día que en las afueras le encontraron los contrarios, le detuvieron y le obligaron a seguirles. Al pasar por las cercanías de una casa de campo, salió una mujer y les dijo: —“¿Qué hacéis al detener a este joven? Me

venía a decir si quería ir a su casa a hacer morcillas”. —Le dejaron. Nos dijo que la Virgen Santísima se había servido de aquella mujer; pues si le hubieran registrado, le hubieran encontrado los papeles de fraile y le hubieran matado» (Hna. Miró, *Testimonios*, 701).

«Es de creer que su primer acto del día fuera la participación en la eucaristía, en la parroquia de Santa María de Folgueroles, iglesia que aunque con superposición de estilos, guarda todavía elementos de su primitivo románico. Al regreso comenzaba el *tiempo dedicado al estudio*. Con relación al *ritmo de vida* que llevaba en este tiempo, nada mejor que dar la palabra al autor de una breve semblanza que recogió la revista «El Santísimo Rosario», en 1895. Es altamente probable que escribiera estas líneas el padre Lesmes Alcalde. Andaba ya metido en el trabajo de escribir una primera biografía. Aseguraba que, una vez exclaustro, empleó su *relativa libertad* para entregarse por completo al ejercicio de la *piEDAD* y al *estudio*. Como si aquella situación fuera duradera se trazó desde el primer día un *reglamento*, que puso en *admiración* a los pocos que de él tuvieron noticia. Se vio precisado a vencer *mil dificultades*, por carecer de recursos para continuar su interrumpida carrera literaria». (El Padre Coll, *Biografía*, 151).

«Arrojado del claustro por la revolución de 1835, (sacrificio para él quizás mayor que dar la vida), buscó modo de cumplir su vocación, armándose con el estudio y oración, y dejándose en brazos de la obediencia. —Dándole el Ilmo. Sr. Dr. Casadevall la opción a diferentes cargos, contestó reiteradamente, que el mejor sería el señalado por la obediencia. —Y cuando se le dio libre el campo a la predicación, bien lo sabéis, cómo dio rienda suelta a su celo apostólico, no buscando aplausos sino almas.

Y aquí sí, Hermanas mías, me pasmo al contemplaros. ¿Qué sois vosotras, sino llamas vivas de su celo? Sí, que a imitación de nuestro Padre Santo Domingo, no le bastó lo poco que hacía, quiso multiplicarse fundando vuestra Congregación para que amaestradas por Él, y llenas del espíritu de nuestro Santo Patriarca, continuaseis la grande obra de ganar almas para el cielo. Veía un vacío grande en las poblaciones por falta de enseñanza y obras de caridad, y creyó poderlo llenar vosotras» (*De una carta del padre Francisco Enrich a la Congregación*, con fecha Manresa, 5 de abril de 1875, *Testimonios*, 591).

* * *

2.- ¡Sal tú y el pueblo que te sigue!

Este mandato lo dirige Dios a *Moisés*. Dios, que tiene toda la autoridad para dirigir un mensaje. Es el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob (Ex 6, 2). Este Dios hace saber a Moisés que «*tiene un camino de salida*» para su pueblo. Hacia tal camino quiere guiarlo.

Es verdad que este pueblo de Israel estaba en Egipto, en una tierra «que no era la suya». En realidad, esta situación *recuerda la nuestra*: No nos pertenece en posesión la tierra que habitamos. La fe asegura que nuestra morada «será la casa de Yahveh a lo largo de los días» (Sal 23, 6). — «Porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos» (2 Cor 5, 1). «No tenemos aquí ciudad permanente, sino que andamos buscando la del futuro» (Hb 13, 14).

La salida que el Señor manda realizar a su pueblo viene a ser algo así como un «nuevo nacimiento». Encontramos esta idea expresamente formulada en el Deuteronomio: A los salidos de Egipto los *engendró* sin tara o defecto. Y se insiste en que a este pueblo lo creó, lo hizo y lo fundó. Este pueblo es porción y heredad de Yavé (Dt 32, 5-11).

Dios manda salir y, además, acompaña en el camino. Alienta a proseguirlo, e indica las sendas equivocados que, en realidad, no tienen salida.

«5. Se han pervertido los que él engendró sin tara, generación perversa y tortuosa. 6 ¿Así pagáis a Yahveh, pueblo insensato y necio? ¿No es él tu padre, el que te creó, el que te hizo y te fundó?».

Pero el compromiso del Señor, a pesar de todo, se mantiene *fiel*, sin desdecirse de su *amor eterno*:

«9 mas la porción de Yahveh fue su pueblo, Jacob su parte de heredad.

10 En tierra desierta le encuentra, en la soledad rugiente de la estepa. Y le envuelve, le sustenta, le cuida, como a la niña de sus ojos.

11 Como un águila incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así él despliega sus alas y te toma, y le lleva sobre su plumaje».

* * *

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

Santo Domingo había salido de su tierra, Caleruega. Estaba en Palencia, tierra, en consecuencia, que no era la suya. Había ido, como los israelitas fueron a Egipto, a «enriquecer» su vida, y lo hizo con la oración, el estudio, en general y, de manera particular, de la teología, que brotaba muy abundante del *contacto directo* con la Sagrada Escritura, en cuyos «arroyos bebía como si quisiera agotarlos» Es muy probable que quisieran dejar en aquel «estudio floreciente» a un joven semejante, que podría convertirse en un gran profesor.

Sin embargo, Dios, por sus mediaciones, le invitó a salir. Aceptó esta «invitación» sin titubeos.

[Encuentro con Diego de Acebes]

«Como se diera a conocer ampliamente el elogio de la virtud de Domingo, y llegara a oídos de Diego, obispo de Osma, una vez que averiguó diligentemente y supo con certeza que era verdad, al punto *lo hizo llamar* y lo nombró canónigo regular en su iglesia.

Resplandeció al momento entre los canónigos como un astro singular y, avanzando de virtud en virtud con admirable claridad, concentró en sí las miradas de todos. Se admiran los canónigos de tan súbita cumbre de perfección y, aunque se resistía, le constituyeron en subprior.

Él, pues, como lámpara sobre el candelabro, o como ciudad asentada en la cima de un monte [Mt 5,15,14] deleitable para su entorno, ofrecía un claro ejemplo de religión.

Era, en verdad, asiduo en la *oración*, el primero en la *caridad*, inquieto por la *compasión*, y sometido a los súbditos por la *humildad*. Dios le había concedido la gracia especial de llorar continuamente por los pecadores, los desdichados y afligidos.

Inflamado por el celo de las almas que perecían, no menos que movido por el deseo de la morada celeste, pernoctaba a menudo en la oración. Con frecuencia, sin embargo, en sus

oraciones el gemir del corazón era como un rugido [Sal 36,9].» (Beato Jordán, *Orígenes de la Orden de Predicadores*, Santo Domingo, *Escritos de sus contemporáneos*, 209-210)

«En un determinado momento conversó San Francisco Coll con el Vicario capitular, Casadevall, acerca de su futuro. La exclaustación de los religiosos se alargaba y Gregorio XVI encargó a los obispos españoles que aceptaran sus servicios en las diócesis. Francisco manifestó deseos de ser útil a las almas mediante el ministerio apostólico. Le entraban escrúpulos porque su vida transcurría casi inactiva en Puigseslloses, mientras que había tantas necesidades por todas partes. Pero no quería disgustar con su marcha a Rosa Masferrer, a sus hijos y demás personas residentes en la casa. Además de la familia vivían allí algunos empleados. En la lista de cumplimiento pascual de 1844 aparecían los nombres de siete criados.

De la conversación con Luciano Casadevall surgió un posible camino de actuación. El Vicario capitular le enviaría una carta, haciéndole ver que no podía continuar por más tiempo disfrutando de semejante vida tranquila. Así se hizo, en efecto. Apenas recibida, la presentó a la familia y ésta, aunque con sentimiento, le aconsejó que se pusiese a la libre disposición del superior de la diócesis. Este hecho puede situarse hacia finales del año 1838.» (El Padre Coll, *Biografía*, 158-159).

* * *
* *

3.- ¡*Sal a combatir!* Le dice, a su vez, Moisés a Josué

Este mandato de Moisés a Josué para que defienda a su pueblo de los ataques de Amalec entraña, por su parte, un compromiso: «*Yo estaré sobre el vértice de la colina con el cayado de Dios en la mano*» (Ex 17, 9).

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

En las *fuentes dominicanas* se halla este texto, que pone bien de relieve, por una parte, el «mandato» que **Santo Domingo** dirigía a los suyos para que fueran a predicar. Este mandato de «salir», se actualiza de cara a nosotros. —Por otra parte, manifiesta el acompañamiento de Domingo, que en sus manos portaba también el «cayado» de Dios:

«El testigo [Bonviso de Piacenza] dijo también, que cuando era novicio y no tenía pericia alguna en la predicación, ya que no había estudiado todavía Sagrada Escritura, fray Domingo le mandó a predicar desde Bolonia, donde residía, a Piacenza. Como él se excusara por su impericia, le convenció con dulcísimas palabras para que fuera, y le dijo: “Vete sin temor, porque el Señor estará contigo y pondrá en tu boca las palabras que has de predicar”. Obedeció y fue a Piacenza a predicar, y otorgó el Señor tanto favor a su predicación, que por ella entraron en la orden de Predicadores tres frailes». (*Proceso de canonización*, Actas de Bolonia, en Santo Domingo, *Escritos de sus contemporáneos*, 312).

- Audacia, que tiene su raíz en la ayuda de Dios, que ha suscitado el nuevo grupo en la Iglesia.
- Confianza en el hermano, que procede de su comunión de mente y corazón con él, manifestada en las palabras que le dirige.

- Formación esencial, que entienden los hermanos que han de tener, y que les procuraba Santo Domingo, en conformidad con las exigencias del carisma: estudio de la Sagrada Escritura.
- Frutos, que se siguen de caminar por las sendas que Dios va indicando.

A la luz de la interiorización de estos mensajes,
¿cómo nos sentimos llamados a salir a combatir?
¿de qué armas necesitamos para el combate?
¿qué frutos deseamos cosechar?

En las *fuentes* de que disponemos para llevar adelante un estudio *sobre San Francisco Coll y su Obra*, se halla un texto, de indudable rigor histórico, que refleja el mandato a «combatir con la predicación». Igualmente el compromiso que manifiesta el Santo para asistir con el acompañamiento y la plegaria a una hermana «que sale a predicar», integrándose en una «comunidad predicadora». He aquí unos textos para recordar:

«Había anunciado [San Francisco Coll] a una Hermana llamada Rosa Avellana que debía hacer un viaje desde *Calaf a Santa Liña* de Lérida [a formar parte de una *comunidad predicadora*, desde el ministerio de la enseñanza y el trabajo apostólico en la población], le había anunciado que la acompañaría el Ángel, como efectivamente sucedió, pues se encontró con un hombre misterioso, que la condujo hasta la entrada del pueblo, desapareciendo repentinamente, creyendo la Hermana que se había realizado la profecía del P. Coll». (Testimonio del P. Lesmes Alcalde, al art. 150, en el *Proceso de canonización ; Testimonios*, 911).

La propia H. Rosa Avellana declaró, con mayor precisión sobre el particular, unos cuarenta años antes (hacia 1890) de la declaración que hace el P. Alcalde en el Proceso:

[*Fe*].- «Muy grande, era la fe del Padre Coll, pues lo demostró en muchas ocasiones, y en especial en la que *fui yo testigo*. Tuvimos que *emprender un viaje los dos*, y mucho antes de llegar a mi destino me dijo: “Yo *tengo que partir para otra parte*, así es que tendrá que concluir el viaje sola”.

Viendo yo que *se hacía de noche*, y en país del *todo desconocido*, me excusé, y entonces, *echándome la bendición*, me dijo: “Anda, hija, *Dios será tu guía*”.

No tardé en ver cumplida su promesa; pues a los pocos minutos se me presentó un hombre, diciéndome a dónde iba, y si quería que me acompañase. *Temía yo mucho*, por no conocer a tal sujeto; pero a la verdad, *su aspecto me infundió confianza*. Me acompañó, pues, a la población (que era Calaf), y *desapareció sin saber cómo*». [p. 191 y 592]. (*Testimonios*, 690)

- Fe en Dios, que es el que envía a la «misión».
- Cercanía y acompañamiento de la Obra que tiene confiada por el Señor y Santo Domingo.
- «Tendrá que concluir el viaje», porque yo tengo que partir para otro «sitio».
- «Anda, Dios será tu guía»

* * *
* *

4.- ¡Sal y habla al corazón!, le transmite el Señor a David

Este es el mandato que Dios dirige al rey David, por medio de Joab. El rey David lloraba entonces, inconsolable, la muerte de su hijo Absalón: «¡Quién me diera que fuera yo el muerto, en vez de ti!», exclamaba (2 Sam 19, 1).

Joab le dice: «Sal fuera, y habla al corazón de los que te siguen (2 S 19, 8).

Recordamos que, por corazón, en la Biblia se entiende el «interior de la persona». En el interior anidan los recuerdos, los pensamientos, los proyectos, las decisiones. El corazón es el ámbito «donde el hombre dialoga consigo mismo», se abre o se cierra a Dios (Gen 17, 17).

El hablar al corazón es un mandato que dirige el Señor a una «Comunidad predicadora». — En la primera carta que dirigió el Maestro de la Orden, hoy **Beato Buenaventura García Paredes**, mártir, escribía así:

«No basta para tener idóneos profesores, escritores, predicadores, directores de almas —lo cual ciertamente se exige por la naturaleza misma de nuestra misión—, una formación científica directamente adquirida por nuestros estudios. Sino que se requiere, además, la *formación del corazón*, de la *voluntad* y del *alma* entera, en la *fe* y en la *piEDAD*.

Sin esta sólida formación nuestros estudios resultarían prácticamente inútiles o, por lo menos, no se podrá esperar de ellos fruto alguno, por lo que se refiere al bien espiritual de las almas.

Pues la *santidad* de vida es para el apóstol como el principio que transmite a su apostolado la fuerza y la *fecundidad*. Pues el ministerio de las almas es una obra que proviene exclusivamente del celo de la caridad, y este celo es como la flor acabada de la santidad.

Aun cuando la santidad sea efecto de la *gracia de Dios* que actúa en nosotros, supone sin embargo, por nuestra parte, un largo y laborioso proceso de *purificación* y de *transformación* de todo lo que hay en nosotros» (*Analecta Ordinis Praedicatorum* 35 (1927) 9-21; 122-127).

* * *

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

Al interior de la persona *hablaban, predicaban* Santo Domingo y **San Francisco Coll**. Para este último, lo reflejaba así un testigo de su predicación en la ciudad de Balaguer, en abril de 1852 (Lleida)

«El Padre Coll hizo el *sermón sobre la Pasión del Señor* que, desde el principio hasta el fin, fue un continuo llanto del inmenso auditorio que se reunió. Los otros Padres misioneros se dividieron el Jueves y Viernes Santo para predicar en algunos pueblos del contorno. De las doce a las tres se hizo en Santa María la función de la Agonía, con un auditorio de 8 a 10.000 almas; hubo una conmoción y un llanto extraordinario.

El lunes de Pascua se subió al *santuario del Santo Cristo*, en procesión de rogativas, por la sequía que teníamos, y se predicó en dicho templo. Te aseguro que era una perspectiva encantadora y sublime, pues ya eran las ocho y media de la noche, y toda la plaza iluminada y atestada de gentes y al predicador se le oía, no sólo de la plaza, sino aun de las calles.

«Concluida la procesión, subió a predicar en la plaza el Padre Coll, donde había reunidas más de catorce mil almas, para hacer el sermón de despedida. Lo que pasó en aquellos momentos es inexplicable. El virtuoso orador se conmovió profundamente y sus ojos

enternecidos derramaban las más dulces lágrimas. En esta tiernísima y majestuosa situación que sólo puede inspirar y formar nuestra santa Religión, toma el Padre misionero en una mano el *santo Cristo*, en otra la *imagen de la Virgen* y consuela a aquellos sus amados y afligidos oyentes *encomendándoles en su ausencia a Jesús y a María* y esperando verlos a todos en la patria de los justos». (*Testimonios*, 298-299)

Al corazón hablaba **Santo Domingo**, ya en sus *primeras manifestaciones de ministerio sacerdotal*, tal como nos lo asegura el Beato Jordán, en su opúsculo sobre los *Orígenes de la Orden*. En la primera etapa de su sacerdocio, su apostolado fue el de la oración, como exigencia de su vida ***eminente y contemplativa***:

«Comenzó al punto a brillar entre los canónigos con resplandor extraordinario. Se consideraba el último por la humildad de corazón, pero era el primero en la santidad, hecho para todos perfume de vida que conduce a la vida [Sir 50,6], semejante al incienso que desprende su fragancia en los días de verano [Sir 50,8]. Se admiraban ante tan rápida y nunca vista cumbre de perfección y lo constituyeron subprior para que, colocado sobre más alta atalaya, resplandeciera a la vista de todos y a todos estimulara con su ejemplo.

Como olivo floreciente de frutos [Sal 51,10] y como ciprés que se alza hasta las nubes [Sir 50,11], consumía los días y las noches en la iglesia, se entregaba sin interrupción a la plegaria y, como si quisiera recuperar el tiempo dedicado a la contemplación, apenas comparecía fuera de la cerca del monasterio. Dios le había otorgado la gracia singular de llorar por los pecadores, por los desdichados y por los afligidos. Gestaba sus calamidades en lo íntimo del sagrario de su compasión, y el amor que le quemaba por dentro salía bullendo al exterior en forma de lágrimas.

Era costumbre muy frecuente en él pernoctar en oración. Cerrada la puerta oraba a su Padre [Mt 6,6]. Algunas veces mientras oraba solía prorrumpir en gemidos y voces que le salían de lo hondo del corazón, de modo que no podía contenerse y, emitiéndolos con fuerza, se oían claramente de lejos [Sal 37,9]. Hacía frecuentemente a Dios una petición especial: que se dignara concederle la verdadera caridad, eficaz para cuidarse y procurar la salvación de los hombres. Estaba convencido de que sólo comenzaría a ser de verdad miembro de Cristo, cuando pusiera todo su empeño en desgastarse para ganar almas [1Co 9,19], según el modelo del Salvador de todos, el Señor Jesús, que se inmoló totalmente por nuestra salvación» (Beato Jordán, *Orígenes de la Orden de Predicadores*, en Santo Domingo de Guzmán, *Escritos de sus contemporáneos*, 210-211).

He aquí, con toda seguridad, una oración **de** Santo Domingo, recién ordenado sacerdote, que puede pasarse fácilmente a primera persona del singular:

«Dígnate, Señor, concederme la verdadera caridad, eficaz para cuidarme y procurar la salvación de los hombres. Estoy convencido de que sólo comenzaré a ser de verdad miembro de Cristo, cuando ponga todo mi empeño en desgastarme para ganar almas, según el modelo del Salvador de todos, el Señor Jesús, que se inmoló totalmente por nuestra salvación».

* * *
* *

5.- ¡Sal y ponte en el monte Horeb o Sinaí ante Yavé, porque he aquí que va a pasar Yavé!

El nombre del profeta Elías significa «Yavé es mi Dios». El libro primero de los Reyes describe la llamada que le hace el Señor: «¡Sal y ponte en el monte ante Yavé!» (1 Re 19, 11). El profeta había deseado morir y había dicho: «¡Basta, Señor! Lleva ya mi alma, que no soy mejor que mis padres. Y echándose allí, se quedó dormido».

Pero el Señor le mandó levantarse y que comiera, porque le quedaba todavía mucho camino.

La manifestación de Dios, allí donde Moisés vio a Yavé «de espaldas» se hace, no por medio de un *huracán* violento, que hendía las montañas y rompía las rocas. Tampoco por medio de un *terremoto*. No estaba, en verdad, Yavé en el *fuego*, que vino tras el terremoto.

Después del fuego se produjo «un ligero y suave susurro». Entonces Elías reaccionó cubriéndose el rostro con el manto. Salió y se colocó a la entrada de la cueva en que se había refugiado, donde escucha aquella pregunta: «¿Qué haces aquí, Elías?».

—Él manifestó sus preocupaciones como profeta, como “predicador”. Sus lamentos podrían resumirse en aquel otro lamento profético, que San Francisco Coll colocó como lema, o pórtico de entrada a su obra «La Hermosa Rosa»: —«Desolatione desolata est omnis terra» —*Toda la tierra es desolación, por no haber quien recapacite en su corazón* (Jer. 12, 11).

La voz que procede de aquel susurro de suave brisa le manda a Elías: «*Anda, vuelve por tu camino hacia el desierto de Damasco*» (1 Re 19, 11).

Elías, tras el *encuentro con el Señor*, se convierte en una *fuentes de santidad* para su pueblo.

Esto es lo que quiere Dios de nosotros, individualmente, de nuestras «comunidades predicadoras». Que vivamos en un *encuentro permanente* con Él. Que no nos dejemos llevar por el *descorazonamiento*, o la desolación. Que *centremos* nuestra *mirada en Él*. Que *avivemos* nuestra *capacidad de escucha*, de acogida de sus mensajes, en un clima de fe, en que tiene que estar fundamentada la vida.

En la «suave brisa» que se creaba en lugares de silencio, de retiro, intensificaban el encuentro con el Señor Santo Domingo y San Francisco Coll. Por eso ellos también, como Elías, se convirtieron en *fuentes de santidad* para su pueblo.

* * *

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

Momentos de desaliento vivió *San Francisco Coll*. El repaso de algunos textos podría ayudarnos. Se hallaba ya con el encargo de coadjutor en la parroquia de Moia. Lo llamaban, además, para anunciar el evangelio por diferentes diócesis. Pero se abrió paso en su alma la *sensación* de que su *ministerio* era, al menos, *poco eficaz*.

En tales circunstancias, el Señor le salió al paso, por las mediaciones que Él tiene. En este caso, por medio de un sacerdote escolapio, en Moia. El monte al que lo llevó para *susurrarle al corazón*, fue el del *sacramento de la reconciliación*.

«Un día, para alivio de su espíritu, se confesó con un Padre Escolapio, su confesión duró algunas horas. Dicho Padre le animó y fortaleció con sus palabras, y le dijo que *Dios le tenía escogido para cosas grandes* y que tal vez le permitía tales angustias, a fin de que tuviese experiencia para saber animar a los espíritus atribulados. Le dijo más, que Dios hacía con él como los albañiles, los cuales, antes de empezar un edificio, escogían las mejores

piedras, añadiendo: —“Dios le ha escogido a Usted para una de esas piedras”. —No crea Usted, Padre, [*Alcalde*] que comunicase sus cosas, pues me lo dijo en cierta ocasión para alivio y consuelo de lo que yo sufría». [pp. 41-42; 413-414] (*Testimonios*, 731).

En aquel, y en algún otro momento, también le manifestó el Señor que debía de seguir luchando, a pesar de la prueba del desaliento. Lo hizo por medio de su párroco, el más tarde obispo Castanyer:

«Durante su permanencia en dicha villa de Moirà, sentía gran tristeza de ver en el mundo tanto pecado; El Sr. Arcipreste le tomaba por su cuenta y le animaba diciendo: —“Hagamos por Dios cuanto *podamos*, de lo demás, Él *se cuidará*”. —Sufría todas estas tristezas con ánimo varonil y resignación; empero se afligía al ver tantas ofensas a Dios» (*Testimonios*, 731).

Es verdad que, en Moirà, tampoco le faltó la *prueba de la calumnia*, como aseguraba, al igual que lo anterior, aquella hermana de primera hora, la H. Miró, maestra de novicias y, más tarde, primera fundadora de la casa de Albacete:

«Después de haber cantado Misa, fue destinado a Moirà. Encontró la población anegada en luto y desconsuelo, por haber sufrido una derrota de los revolucionarios. Él fue el *consuelo* y *apoyo* de toda la población, porque *tenía mucha caridad*.

Era entonces su *corazón tan noble* para con los pobres, que albergó en su misma casa a una mujer pobre, enferma y llena de llagas, a fin de que su hermana la curase y cuidase. —De esta obra de misericordia resultó para él una calumnia terrible que le puso triste y afligido y le obligó, para hacer callar a las malas lenguas, a trasladar de casa a la pobre mujer.

Esto le causó tanta pena, que *no se atrevía a predicar* y, por vergüenza, ni siquiera a salir de casa». (*Testimonios*, 731)

El «susurro del Espíritu» llegaba al corazón de **Santo Domingo**. Le daba palabras para que *hablara en su propio corazón*, como podemos contemplar en el texto que va a continuación:

Cuarto modo de orar

Después de esto, santo Domingo, ante el altar de la iglesia o en la sala capitular, se volvía hacia el crucifijo, lo miraba con suma atención, y se arrodillaba una y otra vez, muchas veces. —El padre santo Domingo tenía una *gran confianza* en la *misericordia de Dios*, para él mismo, y para todos los pecadores, y para el amparo de los frailes novicios que *enviaba de una parte a otra a predicar*.

En ocasiones no podía contener su voz, y los frailes lo escuchaban decir: *A ti, Señor, te invoco, no seas sordo a mi voz, no te calles* [Sal 27,1], y lo demás. Así como otras palabras por el estilo de la Sagrada Escritura.

En otras ocasiones *hablaba en su corazón*, sin que se oyera en absoluto su voz, permaneciendo de rodillas ensimismado, a veces por largo tiempo.

Había momentos en que parecía que en este modo de orar su alma penetraba en los cielos, y al punto se lo veía rebosante de gozo, y enjugándose las lágrimas que le caían.

El Espíritu le impulsaba, además a *avivar su capacidad de escucha*.

Quinto modo de orar

Algunas veces el padre santo Domingo, estando en el convento, permanecía en pie, erguido ante el altar; mantenía su cuerpo derecho sobre los pies, sin apoyarse, ni ayudarse de cosa alguna. A veces tenía las *manos* extendidas ante el pecho, a modo de *libro abierto*.

Así se mantenía con mucha reverencia y devoción, *como si leyera* ante el Señor. En la oración se le veía *meditar la palabra de Dios*, y como si la *relatara dulcemente para sí mismo*. —Elevaba también las manos hasta los hombros, tal como hace el sacerdote cuando celebra la misa, como si quisiera *fijar el oído* para *percibir con más atención* algo que *se le dijera desde lo alto*.

Si hubieras visto la devoción con que oraba en pie, te hubiera parecido que contemplabas a un profeta que, con un ángel o con Dios, ora *hablaba*, ora *escuchaba*, ora *meditaba en silencio* sobre lo que le había sido revelado. —Si, cuando iba de camino, hurtaba al momento a escondidas algún tiempo para orar, su mente en vela continua, tendía al punto hacia el cielo. Y sábetes que lo hubieras escuchado hablar con mucha dulzura y delicadeza algunas consoladoras palabras de la médula y enjundia de la Sagrada Escritura, que parecía que las hubiera sacado «de las fuentes del Salvador» [Is 12, 3].

Los frailes se animaban mucho con este ejemplo, al contemplar a su padre y con más devoción se disponían perfectamente a orar con reverencia y asiduidad: *Como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, y como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores* [Sal 122,2].» (*Modos de orar de Santo Domingo*, en Santo Domingo de Guzmán, *Escritos de sus contemporáneos*, 371-373).

* * *
* *

II.- Algunas llamadas a «salir», en el Nuevo Testamento

1.- ¡Salve, llena de gracia, el Señor está contigo»

El Evangelio según San Lucas comienza animando a las primitivas comunidades cristianas a considerar el *misterio de María*, unido de manera inseparable al proyecto de salvación que Dios tiene para la humanidad. La realización de tal designio se llevará a cabo mediante la *encarnación* del Hijo de Dios, segunda persona de la Santísima Trinidad.

Así pues, en el capítulo primero presenta el evangelista el mensaje que dirige Dios a María. Analiza con verdadera minucia sus reacciones y su disposición, ante el anuncio de cuanto se le pide para que se obre una «nueva creación de la humanidad».

La tradición exegética cristiana presenta a María en la encarnación como la *hija de Sión* que aparece en el Antiguo Testamento.

En otras palabras, la presenta como la *personificación del pueblo* de las promesas. María *representa a un pueblo*, a una *comunidad*, que tiene puesta su esperanza en las promesas de la venida del Señor, anunciadas desde el protoevangelio, en el Génesis. La llegada del Señor a su *ciudad santa* (Sof 3, 14-17; Zac 9, 9).

Se pide a María que «se ponga en camino», para conseguir una *meta comunitaria*, que va ser meta abierta a todo el pueblo y para todos los pueblos.

Desea el Señor que sea parte fundamental de una «comunidad predicadora», a la que se asociarán, a lo largo de los siglos, otras comunidades del mismo género.

En el *fragmento de la Anunciación*, podemos considerar diversas invitaciones que se hacen a María:

a.- Se pide a María que preste *atención*. Se certifica *idoneidad*. Recibe ánimos para *prestar* su libre colaboración con el proyecto que Dios tiene.

El ángel de Dios pretende suscitar la *atención* de la mente de María para que considere un mensaje tan elevado. Esto lo hace por medio de una salutación *nueva e insólita* por completo: — «Salve, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28). Este título «llena de gracia», se entiende en el sentido de que María ha alcanzado la *cumbre* del favor divino, la cima del *amor de Dios*.

Este saludo que el ángel dirige, de parte de Dios, invita a María a considerar su *idoneidad* para colaborar en la obra de la salvación, diseñada desde la eternidad. Es la *llena de gracia*. El Señor está realmente *con ella*. Viene explicitado aquí el alcance del anuncio: «Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin» (Lc 1, 31-33).

Todo este anuncio se hace a María, como *representante de una nueva comunidad* que surgirá, desde luego, con el *consentimiento* de su voluntad. Dios, le anima a dar este consentimiento. Está interesado en que lo dé, pero *no fuerza* a darlo: «No temas, porque has hallado gracia delante de Dios». Se aduce, a su vez, el *poder* que Dios tiene para llegar donde el hombre no puede: «Ahí tienes a tu pariente Isabel, también ha concebido un hijo en su vejez» (Lc 1, 36).

b.- Dios, que en María quiere echar los *fundamentos del nuevo pueblo*, de las *comunidades* de los nuevos tiempos, va introduciendo los *elementos* de construcción, que han de estar siempre presentes en ellas. Podemos verlo en este fragmento del Evangelio de san Lucas, tan rico en contenido:

- El Señor ofrece elementos a su *mente*, forma su *corazón* para que colabore en el desarrollo del misterio. Sabemos que es imposible «comprender» del todo el *misterio*. Pero también es verdad que no podemos desentendernos de él. El misterio pide una *instrucción* en el mismo. Los misterios animan a realizar una *formación* en los contenidos de la fe. Solo así puede darse un asentimiento que sea *libre* y, por tanto *meritorio*. Por esto escribía San Agustín, y repetía Santo Tomás, que es más bienaventurada María, porque recibió y *aceptó* la fe en Cristo, que por haberlo concebido en sus entrañas. Añadía Santo Tomás que, la cercanía materna, de nada hubiera aprovechado a María, si no hubiera gestado más *felizmente* a Cristo *en el corazón*, que en la *carne* (Cf. *Suma de Teología* III q 30, a 1)

Un mensaje de cara a nosotros:

. Está claro que, una «comunidad predicadora», ha de estar en *formación permanente*, de la *mente* y de *corazón*, centrada en los misterios de la fe. Esta formación es esencial para prestar un libre asentimiento a cuanto contienen y a cuanto piden desarrollar.

Se necesitan certezas, porque la fe es cierta. Tales certezas las proporciona la *instrucción que proviene de Dios*, normalmente por medio de la Palabra revelada. Se requiere, claro está, una *fina sintonía* por nuestra parte con cuanto Dios ha querido revelarnos.

c.- María que presta una *libre colaboración*, ejercitando la *razón*, abierta a la *fe* y la *formación* en la misma

- Porque entiende que Dios quiere que Ella, como representante de un *nuevo pueblo*, ofrezca su *libre colaboración*, para *constituirlo* y para *expansionarlo*, abriéndolo a los demás pueblos para formar uno solo. —Esta colaboración libre se va preparando, en primer lugar, con el *ejercicio de la razón*: «Discurría qué podría significar aquella salutación» (Lc 1, 29). Su razón natural continuaba ejercitándose con la pregunta: «¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?» (Lc 1, 34).
- Pero la inteligencia de María se muestra en la Anunciación *iluminada por la fe*, la «pupila de la inteligencia», como la llamaba santa Catalina. Escribía nuestra Doctora que la *inteligencia*, que es el *ojo del alma*, posee la «pupila de la santísima fe, iluminada por una luz que hace *discernir, conocer* y *seguir* el camino y la doctrina de mi Verdad», es decir, de Cristo (*Diálogo*, cap. 45).
- María tenía una *expresa fe* en la *encarnación futura del Verbo*. El Antiguo Testamento es ya revelación de Cristo. —«El fin principal de la economía antigua, nos recuerda el concilio Vaticano II, era *preparar la venida de Cristo*, redentor universal» (*Dei Verbum*, 15). María profundizaba en los libros del Antiguo Testamento, ayudada, desde luego, por el contacto que tenía con ellos en las asambleas de las sinagogas, que todo fiel israelita frecuentaba, al menos una vez por semana. Asegurando esta expresa fe en la encarnación, añadía Santo Tomás: «Pero, como era *humilde*, no se tenía en un concepto tan alto. Por lo tanto, sobre esto, debía ser *instruida*» (III q 30, a 1 ra 2).
- María necesitaba *ser instruida* en el *alcance del misterio*. Es lo que realiza de cara a ella el Señor, por medio de su mensajero y también a través de todo el conjunto de la *revelación*. El mensajero proporciona a María *elementos de formación en la fe*, antes de que lo hiciera a San José, parte muy fundamental, asimismo, de esta nueva «comunidad predicadora» que se está constituyendo en la plenitud de los tiempos (Mt 1, 18-25).
- A María se le anunció la *encarnación invisible de Dios* por medio de la mediación del ángel, y así se hizo todavía más *cierta* su fe. Porque, lo que captamos por los *ojos* y, en general, por los sentidos externos, nos da mayor certeza que lo que nos viene por la sola *imaginación*.
- La *certeza de la fe* y la conciencia del *alcance* del campo de su *colaboración*, nada menos que en el hacer *brotar* una *nueva humanidad*, llevó a María a dar su aceptación, plenamente *consciente* y completamente *libre*: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38).

Un tema de reflexión se abre para nosotros a partir de la consideración de estos puntos que anteceden: La *fe*, para que sea *meritoria*, y *principio de acción* a través de la *caridad*, en nuestros caso de la «*caritas veritatis*», la *caridad de la verdad*, debe ser *libre* y ofrecerse a la *libre aceptación* de los demás. Nunca se nos impone, ni debemos imponerla.

Con expresión muy medida, escribía san Raimundo de Peñafort, en el siglo XIII: «Fides est suadenda, sed non imponenda». *Exponer y persuadir para que se abran las puertas a la fe, sí, pero imponerla, no.*

El segundo sucesor de Santo Domingo desarrollaba este pensamiento en la llamada *Summa de Poenitentia*. Escribía, que los predicadores deben exponer la fe por medio de razones y con dulzura, y en modo alguno con aspereza. «Sin obligar, porque el servicio que es fruto de coacción no es del agrado de Dios» (I, 4).

«El Evangelio no puede predicarse a lanzadas», escribía, a su vez, fray Bartolomé de las Casas, en su *Historia de las Indias*, pero refiriéndose, esta vez, a lo que se hacía en las costas de África (I, cap. 23, 4).

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

Pablo VI centraba su consideración en el misterio de la Anunciación a María, con estas palabras, contenidas en la Exhortación Apostólica «*Marialis cultus*», de 2 de febrero de 1974:

«17. María es la “Virgen oyente”, que **acoge con fe la palabra de Dios**: fe, que para ella fue premisa y camino hacia la Maternidad divina, porque, como intuyó S. Agustín: “La bienaventurada Virgen María concibió creyendo al que dio a luz creyendo”; en efecto, cuando recibió del Ángel la respuesta a su duda (cf. *Lc* 1,34-37) “Ella, llena de fe, y concibiendo a Cristo en su mente antes que en su seno”, dijo: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (*Lc* 1,38); fe, que fue para ella causa de bienaventuranza y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor” (*Lc* 1, 45): **fe, con la que Ella, protagonista y testigo singular de la Encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón** (Cf. *Lc* 2, 19. 51). *Esto mismo hace la Iglesia*, la cual, sobre todo en la sagrada Liturgia, escucha con fe, acoge, proclama, venera la Palabra de Dios, la distribuye a los fieles como pan de vida y escudriña a su luz los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia».

—

La consideración de María es *parte esencial de la espiritualidad* de San Francisco Coll, que quiso dedicar la Congregación a la «Encarnación del Hijo de Dios, segundo misterio del Rosario», como él mismo aclaró. Podemos centrar nuestra mirada en un texto, que seguramente pasará al oficio litúrgico propio de la Orden, como lectura que se traducirá a diversas lenguas. Es *programa* para una «comunidad predicadora», que está invitada a avanzar por la recta senda.

DE UN SERMÓN PREDICADO POR SAN FRANCISCO EN HONOR DE LA VIRGEN DEL ROSARIO, EN MAYO DE 1847

(Ed. fr. V. T. Gómez, en anuario *Escritos del Vedat* 27 (1997) 375-397)

Es la Santísima Virgen del Rosario señora del mundo, en particular de los cristianos y de los que buscan protección en sus asociaciones. Es muy poderosa, por designio de Dios mismo. A lo largo de la historia se ha ganado el corazón y la confianza de las gentes, como se advierte por el gozo y la alegría con que se le tributa culto en multitud de santuarios y altares a ella consagrados, por los rosarios que se cantan y rezan, por los ayunos que se practican, por los sacramentos que se frecuentan a honra y gloria suya, principalmente en los meses de mayo y octubre. No hay ciudad, población, ni parroquia, que no venera a María bajo la advocación del rosario.

Es oportuno, en ocasiones especiales, renovar las promesas de fidelidad a María. A tales compromisos responde ella con su apoyo y auxilio en toda necesidad. Del mismo modo, recuerda a sus hijos el compromiso adquirido, y anima con palabras de la Escritura: *Dichosos serán los que sigan mis caminos; sed sabios, escuchad mi enseñanza y no la menospreciéis* (Prov 8,32).

No basta inscribirse en los libros de las asociaciones, poseer unos hermosos rosarios, rezarlos por costumbre y sin atención, sino que se han de frecuentar los santos sacramentos, rezar la plegaria mariana con fe viva, con atención y devoción interior, considerando las palabras del Padrenuestro y el Avemaría, y contemplando los misterios de la vida, pasión y muerte de Cristo nuestro Señor.

El corazón de María está íntimamente unido al corazón de Jesús con un vínculo de amor tan estrecho, que no puede ofenderse al uno, sin agraviar al otro. El pecado que injuria a Jesús, hiere también intensamente el corazón de su santísima Madre. En la *letanía*, entre los títulos que damos a María, la llamamos y saludamos como *Reina de los mártires*. Y con mucha razón, porque sudó sangre y agua, fue flagelada, coronada de espinas, cargó sobre sus hombros con la cruz y fue traspasado su corazón por una lanza. Aunque los mencionados tormentos no los sufrió en su cuerpo, los experimentó tan vivamente en su alma, que su dolor fue mayor que el que sufrieron los mártires. Por lo mismo, dice san Bernardino de Siena, que fue tan intenso su padecimiento en la pasión y muerte de su amantísimo hijo que, si se distribuyera entre los hombres y mujeres del mundo, todos morirían de repente.

Debemos procurar con toda diligencia incrementar el culto, veneración y alabanza de María. Hemos de hacer realidad cuanto se anuncia en el evangelio: *Todas las generaciones me llamarán bienaventurada* (Lc 1,48). Hay que reconocer, sin embargo, que nos hallamos lejos de ver cumplida esta profecía. Pero tal comprobación no debe llevarnos al desaliento. Todo lo contrario, el corazón ha de llenarse de fervor e impulsarnos a crecer en devoción. No pasemos mañana alguna o tarde sin ofrecerle algún obsequio especial. Esto no será imposible de cumplir, con tal que se la ame de verdad. El que de veras ama a una persona, piensa en ella con mucha frecuencia y, aunque no la vea, conversa con ella, como si la tuviera delante.

El mencionado compromiso no intenta apartarnos un ápice de las ocupaciones, ni convertir el trabajo en fatiga, hasta el punto de que debilita las fuerzas corporales y nos incapacite para el cumplimiento del deber. Por más ocupados que estemos, por más que necesitemos del trabajo de cada día para ganar el sustento, nadie hay que, al levantarse o al acostarse, o bien al sonar la campana que anuncia las horas, no pueda rezar un Avemaría, o realizar algún acto de veneración, o alguna súplica a María. En medio del trabajo, podemos muchas veces al día elevar el corazón hacia ella y suplicarle: «*Refugio de los pecadores*, en ti me amparo, alcánzame de tu hijo la gracia de saber salir del mal estado de la culpa. *Consuelo de los afligidos*, alvíame en este sufrimiento, tribulación o disgusto que me aflige, o consígueme una santa resignación a la divina voluntad. *Auxilio de los cristianos*, ayúdame a cumplir cuanto pide la fe y ley de Cristo y hazme un verdadero cristiano y asociado tuyo». Lo que importa y yo os encomiendo mucho es que, aunque sean pocas las devociones y oraciones que dirijáis a María, no dejéis pasar un día sin practicarlas.

No acabaría, si quisiera enumerar las indulgencias que los Papas han concedido a lo largo de la historia, por la práctica de esta devoción a María, de que venimos tratando. ¡Oh rosario! Tú eres un libro, breve sí, pero que enseña lo más santo y lo más sagrado de nuestra fe, tú eres como un arca que encierras un tesoro riquísimo, digno de que lo busquen todos con afán. Tú eres un regalo del cielo, que revelas los principios constitutivos de la doctrina cristiana, los motivos y la práctica de todas las virtudes. Tú introduces en la virtud teologal de la fe, alientas la esperanza, y haces arder en caridad y amor hacia el hijo de Dios, que tanto se dignó hacer y padecer por nosotros. Tú despiertas a los soñolientos, caldeas a los tibios, empujas a los perezosos, sostienes a los justos y conviertes a los pecadores. Eres una devoción, que incluye y contiene todas las demás devociones.

* * *
* *

2.- «*Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres*. Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron» (Mt 4, 19-20)

También el verbo «venir» sale de los labios de Jesús en imperativo. Desde el principio de su vida pública quiso formar una comunidad de personas para multiplicar su presencia y para que comunicaran su mensaje.

Las *iniciativa* de la llamada *parte del Señor*. *Escoge* a los que él quiere. Llama a *permanecer con él* y les va *formando para la misión* que deben realizar. Les *comunica* su propia *autoridad*: «El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió» (Mt 10, 40).

La comunidad de los apóstoles, en torno a Jesús constituye el *cimiento del nuevo pueblo* de la redención.

El Evangelio según San Mateo se cierra con el encargo que les hace tras la resurrección: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues. Enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación del mundo». Con esta promesa termina el Evangelio, por el que parece que tenía preferencia Santo Domingo, a juzgar por el testimonio de algunos de sus contemporáneos, que aseguran que lo llevaba siempre consigo. —Así lo aseguraba fray Juan de España:

«Dijo también que fray Domingo aconsejaba y exhortaba con frecuencia a los frailes de la orden, con su palabra y por medio de cartas *para que estudiaran constantemente en el Nuevo y Antiguo Testamento*. Esto lo sabe porque se lo escuchó decir, y vio sus cartas. Dijo también que *llevaba siempre consigo el evangelio de san Mateo y las cartas de san Pablo*. Estudiaba mucho en estos escritos, hasta el punto de que los sabía casi de memoria» (*Proceso de Canonización*, en Santo Domingo de Guzmán, *Escritos de sus contemporáneos*, 317).

Los apóstoles llaman, a su vez, a *colaboradores* y *continuadores* en la misión recibida. Eslabones de esta cadena son las «*comunidades predicadoras*» que nosotros formamos, desde la misión recibida en la Iglesia, por medio de Santo Domingo, que fue continuador de la «misión de los apóstoles», y como un apóstol vivo en su tiempo, como indicaba su gran conocedor el Papa Gregorio IX:

«Yo conocí en él a un hombre seguidor de la norma de vida de los Apóstoles, y no hay duda de que está asociado a la gloria que tienen en el cielo». (Beato Jordán, *Orígenes de la Orden de Predicadores*, en Santo Domingo de Guzmán, *Escritos de sus contemporáneos*, 264-265).

La «misión apostólica» de Santo Domingo, y la nuestra, como sus continuadores la recogen, de ordinario, las constituciones fundamentales, que preceden a la normativa de los diferentes grupos de la familia dominicana. Así, por ejemplo, las Constituciones de los frailes, promulgadas tras el concilio Vaticano II, escriben:

«Partícipes de la misión de los apostólica, asumimos también la vida de los Apóstoles, según la forma ideada por Santo Domingo, manteniéndonos unánimes en la vida común, fieles a la profesión de los consejos evangélicos, fervorosos en la celebración de la liturgia, principalmente de la Eucaristía y del oficio divino, y en la oración, asiduos en el estudio, perseverantes en la observancia regular» (Constitución fundamental § IV).

Un reflejo de todo ello, se halla en la *constitución fundamental* de las Constituciones de las Hermanas Dominicas de la Anunciata:

- La Congregación constituye una comunidad de «apóstoles», con la misión de «ser signo y anuncio del reino de Dios. “Contemplar y dar a los demás lo contemplado”, debe ser para nosotras un imperativo de nuestra filiación dominicana» (§ IV).
- La Congregación constituye una comunidad, iluminada por la fe, gozosa en la esperanza, enardecida por la caridad. Comunidad fraterna, en la oración litúrgica y privada, en el estudio, en las demás observancias y en la *misión apostólica* (§ V).
- «Incorporada la Congregación a la Orden Dominicana, las Hermanas nos sentimos impulsadas a vivir plenamente el *espíritu apostólico* de nuestro Padre Santo Domingo [...]. En cuando de nosotras dependa, procuraremos trabajar en la edificación del pueblo de Dios en comunión fraterna con los otros miembros de la Familia Dominicana, salvando siempre el fin propio de nuestra Congregación (§ VI).

Con gran claridad, se expresaba en 1927, el Maestro de la Orden, Beato Buenaventura García Paredes, al escribir a las *hermanas contemplativas* y a las de *vida apostólica*:

En la primavera de 1927 dirigió un mensaje a las *monjas y hermanas, sustancialmente unidas al árbol de la familia dominicana*. Entendía que la multitud de Congregaciones no quebraba la unidad original, ni cambiaba la naturaleza y cualidad de la sangre entre los seguidores de Santo Domingo.

Eran más de 4.600 religiosas de vida contemplativa, y sobre 20.000 las hermanas de vida apostólica, multiplicándose por todas partes del mundo, tanto entre los católicos, como entre otros grupos cristianos y entre los que no habían recibido todavía la fe, afanosas por remediar las necesidades espirituales y corporales del prójimo.

Entendía que si todas las fuerzas dominicanas se unieran más estrechamente, sin duda se aumentaría el valor efectivo de la Orden; de ello no se seguiría ningún mal, antes al contrario, sería muy provechoso:

«Nos vivifica uno y el mismo espíritu de familia; late en todo corazón dominicano un mismo amor hacia el bien común de la Orden; el mismo ardor en el sagrado apostolado recibido del Santo Fundador, el cual arde como una llama en nuestras voluntades y aspira a lo mismo de manera unánime» (*Analecta Ordinis Praedicatorum* 18 (1927) 122-127).

TEXTOS PARA LA REFLEXIÓN

En la temprana *Narración sobre Santo Domingo*, que escribe Constantino de Orvieto sobre Santo Domingo (1246-1247), transmite por primera vez un hecho de gran importancia, que aclara el alcance de la «misión apostólica» que, en definitiva tenemos confiada como seguidores de Domingo. Hay que situar este hecho en la primera parte del mes de enero de 1217, a pos pocos día de la «confirmación de la Orden» (22 de diciembre de 1216).

De la visión que tuvo en la basílica de los Apóstoles Pedro y Pablo de Roma

25. «Hallándose en Roma el hombre de Dios Domingo, en la basílica de San Pedro, y en presencia de Dios se entregaba a la oración en favor de la custodia y dilatación de la Orden, que por su medio propagaba el divino poder. Colocada la mano de Dios sobre él, contempló en una visión imaginaria que se le acercaban de pronto los gloriosos príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo. Le parecía que el primero, es decir Pedro, le entregaba un bastón, Pablo, empero, un libro, y completaban el gesto diciendo: “Ve, predica, porque has sido elegido por Dios para este ministerio”. En seguida, en el mismo instante, le parecía contemplar a sus hijos diseminados por todo el mundo, marchando de dos en dos [Lc 10,1] y

predicando la Palabra de Dios a las gentes» (en Santo Domingo de Guzmán, *Escritos de sus contemporáneos*, 455).

Esta *experiencia espiritual*, de tanta importancia en la vida de Santo Domingo, motivó *una bula papal*, completamente *nueva* en su *forma* y contenido, que firmó el Papa Honorio III el 21 de enero de 1217, y que es llamada la *bula de la predicación apostólica*.

HONORIO III AL PRIOR DOMINGO Y A LOS FRAILES DE SAN ROMÁN, PREDICADORES
EN LA REGIÓN DE TOLOSA, LES MANDA QUE EJERCITEN CON EMPEÑO EL ENCARGO
RECIBIDO DE EVANGELIZAR LA PALABRA DE DIOS
(Roma, 21 de enero de 1217)

Honorio obispo [...] —Elevamos digna acción de gracias al dador de todas las gracias por la *gracia de Dios que se os ha dado* [1Cor 1,4], en la que estáis y, como esperamos, *permaneceréis hasta el fin*. Porque, inflamados en lo interior por la llama de la *caridad*, se difunde hacia fuera el perfume de vuestra fama, que deleita a las almas sanas y restablece a las enfermas. Para que no permanezcan estériles las espirituales mandrágoras [o plantas medicinales], como sabios médicos, las fertilizáis aplicándolas la *semilla de la Palabra de Dios* con vuestro provechoso lenguaje.

Así, como siervos fieles que emplean los talentos que se os han confiado para entregárselos duplicados al Señor [Mt, 25,14ss], como invictos atletas de Cristo, armados con el escudo de la fe y el yelmo de la salvación [1Tes 5,8], sin temor a los que pueden dar muerte al cuerpo [Mt 10,28], reveláis con magnanimidad frente a los enemigos de la fe la Palabra de Dios, que es más penetrante que toda espada de doble filo [Hb 4,12]. Odiáis así vuestras almas en este mundo a fin de custodiarlas para la vida eterna [Jn 12,25].

Por lo demás, puesto que el fin no corona la batalla, y los que corren en el estadio con todas sus fuerzas sólo por la perseverancia alcanzan el premio destinado [1Cor 9,24], *rogamos* a vuestra caridad y os *exhortamos* atentamente, *mandándoos* por medio de escritos apostólicos, *imponiéndoo* en remisión de vuestros pecados, que *trabajéis más y más* con empeño, confortados por el Señor, en *evangelizar la Palabra de Dios*, insistiendo oportuna e importunamente [2 Tm 4,2], y cumpliendo espléndidamente con el *oficio de evangelistas*.

Si por esto padeciereis algunas tribulaciones, no sólo debéis tolerarlas con ecuanimidad, sino que con el Apóstol debéis gloriaros en las mismas, gozosos porque habéis sido dignos de soportar ultrajes por el nombre de Jesús [Hch 5,41]. Pues este ligero momento de tribulación obrará un inmenso peso de gloria [2 Cor 4,17], de cara a la cual no son proporcionados los padecimientos de este tiempo [Rm 8,18]. [...]» (*Bulas papales*, en Santo Domingo de Guzmán, *Escritos de sus contemporáneos*, 1160-1161).

3.- «Comunidad Predicadora» de la Anunciata, invitada a «salir», a ejemplo de San Francisco Coll

Rasgo fundamental, centro de la vida de San Francisco Coll, es la *predicación*, ministerio que realizó en fidelidad a la vocación, tras las huellas de Santo Domingo y de tantos integrantes de la Orden de Predicadores a lo largo de los siglos.

Fue, por encima de todo, un predicador de enorme relieve, y como tal debe recordarse en la historia de la Iglesia, en una época que el propio Papa Juan Pablo II calificó de *muy difícil*. Se mostró consciente de los desafíos radicales que la corriente de la *Ilustración* y el *Liberalismo* plantearon a los cristianos, negándoles carta de ciudadanía en la sociedad del futuro. Sin embargo, profundamente arraigado en la fe, logró no sólo salvar su persona del naufragio en que tantos perecieron, sino que se colocó al lado de numerosos apóstoles que lograron construir un mundo renovado desde la consolidación de los cimientos que apoyan la vida de la Iglesia.

1.- *Tras las huellas de Santo Domingo*

Uno de estos predicadores, continuador de la obra de Santo Domingo, fue San Francisco Coll. Resumiendo aspectos relevantes de su dimensión apostólica testificaba una hermana de la Congregación de Dominicas de la Anunciata, por él fundada:

«No quiero meterme en todo lo que de él se cuenta [...]. Creo todo esto posible a Dios, que reparte las gracias y dones extraordinarios a quien quiere y como le place; sin embargo, no doy crédito a todo cuanto se dice, si bien no ignoro que fue el Padre Coll un verdadero imitador de Jesús y de Santo Domingo, nuestro ínclito Padre, y por lo tanto, que algo particular debía ocurrirle, por lo mucho que de él se habla» (Testimonios, 770).

Santo **Tomás de Aquino** le proporcionó un esquema mental sólido, muy bien articulado. Profundizaba especialmente en las grandes enseñanzas contenidas en la *Suma de Teología*. Siguiendo su doctrina entendió que *corresponde al predicador disponer a las personas para la acogida y el crecimiento en la fe*, pero a este fin ha de estar muy enraizado en la *contemplación* de las verdades eternas, y muy bien dispuesto a las buenas *obras*.

En los escritos de Santo Tomás encontraba, asimismo, luz para dar con el buen camino en el terreno de la predicación. Opinaba su maestro que algunas veces el predicador hace muy bien en no recurrir al derecho que le asiste de recibir *recompensa* por el trabajo, para no escandalizar a los destinatarios del mismo. Es ésta una manera de reprimir la avaricia y rapacidad de los pseudos apóstoles.

El verdadero apóstol no puede aparecer como «vendedor del evangelio», sino que debe hallarse siempre en grado de afirmar: *no busco lo vuestro, sino a vosotros*¹.

No ha de ocuparse tampoco en actividades que le aparten de la predicación, no sea que, implicando la mente y el corazón en las cosas temporales, «minus prædicet æterna», desatienda la predicación de las realidades eternas².

Igualmente ha de sacar tiempo libre de ocupaciones para dedicarse al estudio, en particular de la Sagrada Escritura, bien consciente de que no posee ciencia infusa como los apóstoles, sino que debe adquirirla.

El estudio de Santo Tomás le ponía igualmente en guardia frente a los peligros que podían acecharle en el ministerio, en particular la oposición de quienes no resistían que se defendiera la justicia³. Con decisión debía buscar la gloria de Dios y la salvación del prójimo.

Luminoso era también para su tiempo el consejo que animaba a buscar la paz, en medio de tantos conflictos armados. La paz, escribía Santo Tomás, ha de hallarse en los labios del predicador. Si no hubiera nadie dispuesto a acogerla, no quedaría sin fruto su esfuerzo. Revertiría hacia él como recompensa por su empeño

2.- *Predicador «que viajaba como los Apóstoles»*

Hizo la afirmación que sirve de título al presente epígrafe un sacerdote que, pocos años después, entregó su vida en testimonio de la fe. Fue vicario general de la diócesis de Vic y deán de su cabildo catedral. Conoció a nuestro Santo cuando era niño y participó en una misión que desarrolló en Igualada⁴.

1 *Contra impugnantes* 2, 6.

2 *Quæstiones Quodlibetales* XI, quodlibeta 7, 7, 2.

3 *Contra impugnantes* 4, 4.

4 Se llamaba Jaime Serra y Jordi, y testificó en el proceso de canonización del P. Coll: «Tendría poco más de cinco años en que mi madre haciéndome un elogio de un predicador que viajaba como los Apóstoles a pie y viviendo de la caridad

San Francisco Coll planificó las *misiones populares* a partir de una intensa vida comunitaria de los misioneros entre sí. El Padre Coll, primero, y sus compañeros, después, no aceptaban retribución económica por la misión predicada. Ésta duraba, por lo general, poco menos de un mes. — Comenzaba todo con unos ejercicios espirituales dirigidos a los sacerdotes de la zona. Varias docenas solían concurrir al lugar establecido y allí se dedicaban durante seis días a la meditación, auxiliados por las reflexiones y el contacto personal con nuestro Santo.

En las misiones se hacía un repaso sistemático de la doctrina cristiana, tanto en lo que se refiere a las verdades a creer como a las normas a practicar. Los misioneros se distribuían las conferencias o charlas. El Padre Coll solía pronunciar los sermones, de ambientación o de conclusión, y los que se tenían en las concentraciones especiales.

3.- *Portador de un mensaje de paz*

Leodegario Torruella, niño asistente a sus catequesis, monaguillo entonces, y más tarde sacerdote, escribió de manera espontánea que el nuevo coadjutor de Moia fue el bálsamo eficaz de almas y cuerpos⁵. Comenzaba a veces su saludo al auditorio deseando la paz: «Pax vobis»:

«*Pax vobis*, nos anuncia [en Organyà]: *la paz a vosotros*. Y sobre estas dulces palabras de nuestro adorable Salvador desenvuelve y patentiza las más consoladoras verdades en un notable discurso, no menos luminoso que santamente sencillo»⁶.

Consideraba nuestro Santo que la paz es un valor fundamental, parte integrante de la bienaventuranza eterna. En la obrita titulada *Escala del Cielo* citaba a San Próspero, y afirmaba que la paz es un componente de la bienaventuranza a la que hay que aspirar con todas las fuerzas.

Cuando se dirigía de manera directa a las hermanas de su Congregación, en la *Regla o forma de vivir*, invitaba a la convivencia pacífica. Las quería bien fundamentadas en la humildad, que produce la paz, y ésta, a su vez, hace desarrollar la humildad:

«La humildad da la paz y unión entre los prójimos, pero sobre todo entre las religiosas; pues la verdadera paz y unión da la humildad, porque el humilde cede al juicio y parecer de todos. Juzga que los otros lo entienden mejor que él, que lo disponen con mayor perfección que él. El humilde sabe congeniar con todos; y así como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfías, porque a cada uno le parece mejor arreglado su modo de pensar y mejor dispuesto lo que él dispone, entre los humildes no hay rencillas ni discordias; porque el uno mira como superior al otro en todas las perfecciones y virtudes; así que todo es unión, todo es paz»⁷.

En la misma obra afirmaba que los que viven en *caridad y paz* son como ángeles. En la comunidad debe existir paz y unión. La humildad y la caridad pondrán en paz a las hermanas, y así volverán a la paz y unión con Dios y entre ellas mismas⁸.

de las buenas personas iba por los pueblos a predicar, me dijo que aquella tarde predicaría en la plaza de la Cruz. La plaza estaba completamente llena de gente». TEST, p. 698.

⁵ TEST, p. 778.

⁶ TEST, p. 272. Predicó allí en 1851.

⁷ OC, p. 68.

⁸ OC, p. 84.

4.- *Predicador entregado al estudio*

En Santo Tomás aprendió que el predicador, como no tiene ciencia infusa, debe insistir de manera ineludible en el estudio. Necesita de la sabiduría para poder transmitir con vigor la doctrina al corazón del auditorio, porque la divina sabiduría no se estabiliza en el corazón del hombre si no le llega con fuerza para asimilarla bien⁹. En los humanos, en cuanto seres dotados de inteligencia, se percibe un ansia de verdad. Tal deseo puede llenarse con el estudio que tenga características de contemplativo. Éste fructificará en visión de la verdad primera por toda la eternidad¹⁰.

San Francisco Coll se distinguió por el hábito de la estudiosidad desde los años de formación. Era muy estudioso y hacía preguntas a sus profesores en el convento de Gerona, aseveraba fr. Domingo Coma.

Los libros le servían, de manera especial, para elaborar esquemas de predicaciones, que renovaba con frecuencia. Preparaba con esmero las conferencias morales y litúrgicas, verdaderos encuentros de formación permanente que se organizaban para el clero diocesano. No abandonó tampoco los libros durante la enfermedad al fin de sus días.

El rosario llenaba grandes espacios de su vida, pero, por lo que puede deducirse del testimonio anterior, no le hacía olvidar los libros. Comparaba el rosario *a un libro*, en una frase que pasará a la historia como uno de los mejores elogios de la devoción mariana por excelencia, texto que citaremos más adelante. Llevaba libros en sus correrías misioneras, y a veces no los dejaba de la mano. Estudiaba a la par que lo hacían las hermanas de su Congregación.

Un reflejo de sus convicciones y de la práctica en el campo del estudio se halla en cuanto ofreció a su fundación, las Hermanas Dominicanas de la Anunciata. Quiso que tuvieran una buena preparación para la misión de «predicadoras» a que estaban llamadas. Estableció una casa común de formación, en la ciudad de Vic. Les procuró, además, catedráticos del seminario, y él mismo se comprometió también con la enseñanza.

5.- *Fervor en la predicación*

El examen periódico que debe llevar una comunidad dominicana desde los tiempos fundacionales ha de extenderse al grado de «fervor» con que se realiza la predicación. El fervor tiene que ver con el calor y, en este caso, con el que se desprende del amor caritativo, propiamente del amor de intimidad o amistad para con Dios y en sintonía con los intereses verdaderos de los demás. El fervor brota de la entraña misma de la caridad, venía a decir Santo Tomás¹¹. San Francisco Coll ejerció la caridad en grado heroico, y especialmente por medio del ministerio de la Palabra. Cumplió así con esta exigencia fundamental a la que le impulsaba el carisma de la predicación recibido para edificar el templo de Dios.

Del *fervor* en sus predicaciones, como fruto del amor más intenso hablaban personas que fueron testigos de cómo se comportaba en su labor evangelizadora. Aludían explícitamente a su fervor en la oratoria, a su serenidad imperturbable ante determinados intentos de hacer fracasar la misión que comenzó en Agramunt en 1851. Destacaban la diligencia suma y unción con que predicaba a los habitantes de Vilanova de les Avellanés, y en muchos pueblos del entorno. Fervor y celo inmenso advertían ya en el comienzo de la misión de Balaguer en 1852. La inteligencia y el fervor le distinguía ante los fieles de Les Borges Blanques en 1855. Al reseñar su predicación en la catedral de Vic en 1856 lo calificaban de fervoroso orador. En Lérida daban por sabido de todos el

⁹ *Sermo* 4, pars 1.

¹⁰ *Contra Gentiles* 3, 63, 2.

¹¹ *In I Sententiarum*, distinctio 17, quæstio 2, articulus 1, co.

fervor y celo de tan conocido misionero, así como el buen gusto en la elección de los puntos predicables, que atraía por las tardes del mes de mayo a un auditorio que llenaba el amplio templo donde predicaba¹².

6.- *Predicador de buena fama*

Los visitantes de una comunidad dominicana desde los tiempos iniciales debían prestar atención a la fama de que gozaban los hermanos en el contexto en que se desarrollaba su existencia. ¿Qué pensaban en su entorno acerca del nuevo grupo eclesial? ¿Qué tipo de mensaje se desprendía de su vida? ¿Qué interrogantes suscitaba su conducta y actividad?

Características de su temprana actividad apostólica en la parroquia de Mojà fueron, al sentir de testigos «de vista»: valentía y rectitud para transmitir la verdad, laboriosidad, prudencia, humildad y trato con todos, que revertía en aprecio general, a no ser de los mundanos. Lo tenían en concepto de santo y elogiaban su conducta. Se captó las simpatías de los feligreses, que observaban en él penitencia, desprendimiento, austeridad y pobreza.

En Mojà lo trató de manera muy inmediata y lo confortó con su consejo en momentos especiales, su párroco y después obispo de Vic, Juan José Castanyer. A él aludió en la relación para la visita «ad limina», que envió al Papa Pío IX en octubre de 1861. Lo presentó como «sacerdote profeso de la Orden de Predicadores, persona de eximia virtud y de máximo celo», que se aplicaba con diligencia a la predicación y al confesonario¹³.

Los padres jesuitas, Vidal y Serra, que lo acompañaron durante varios meses, lo tuvieron en muy alto concepto, tanto que el superior provincial lo transmitió en las *cartas annuas* de 1850 al prepósito general:

«El Obispo les dio por compañero al P. Francisco Coll, de la Orden de Predicadores, que por su edad, preparación doctrinal, laboriosidad y gran simpatía hacia nosotros, es aceptado y reverenciado por los Nuestros como un Padre»¹⁴.

7.- *Predicación fructífera*

San Francisco Coll, en sintonía con cuanto quería Santo Domingo para sus comunidades, *deseaba alcanzar frutos* en el ejercicio de la predicación. Lo manifestó expresamente al vicario general de Lérida en 1852, cuando éste lo invitó a trasladarse a su diócesis para continuar el trabajo que realizaba en la de Urgel. Le rogaba que acudiera, pero no mencionaba en el ofrecimiento al grupo de misioneros que lo acompañaban. La respuesta que dio se halla en una de sus contadas cartas conservadas. No podía aceptar la invitación, porque —escribía— «uno solo nada puede hacer sino echar la semilla de la divina palabra, sin poder recoger el fruto; y esto es lo que importa, la experiencia me ha enseñado lo mismo, que uno solo nada hace sino fatigarse y sin fruto, lo que Usted no querrá, ni tampoco este Su Seguro Servidor»¹⁵.

¹² TEST, p. 330.

¹³ TEST, p. 652.

¹⁴ TEST, p. 238.

¹⁵ TEST, p. 547.

Los frutos que obtenía saltaban a la vista. Las gentes acudían en gran número a sus predicaciones, dejando a veces desiertas las localidades que ofrecía una compañía teatral, como sucedió en Gerona en mayo de 1847¹⁶.

La manifestación más clara de lo adecuado que era su servicio apostólico se mostraba en los cambios de conducta, en una sociedad que con frecuencia se había enfriado en la fe, cuando no apartado de la misma. Estos cambios se advertían en los sacrificios que se tomaban para recorrer largas distancias hasta alcanzar el punto en que se tenía la misión, en la espera paciente para acercarse al confesonario, en las lágrimas que manifestaban paz tras la reconciliación, restituciones de bienes mal adquiridos, represión de la usura, paces concertadas, retorno a las prácticas religiosas, frecuencia de sacramentos, perseverancia en el bien obrar, propósito de luchar contra el pecado en todos sus frentes, cambio de vida de algunos sacerdotes, reconciliación de éstos y sus feligreses, reforma de costumbres entre la juventud extraviada, que dejaban a veces a un lado las fiestas programadas para poder participar en la misión, abandono de lecturas nocivas, inscripción en asociaciones religiosas, especialmente en las cofradías del rosario, reavivando por este medio la devoción a la Santísima Virgen.

8.- *Predicador de Jesucristo*

Hizo suyo el programa de San Pablo: «Predicamos un Cristo crucificado» (1 Co 1, 23). A la urgencia de siempre se añadían en aquellos momentos de guerras, odios y venganzas, de pobreza y sufrimiento, razones especiales para insistir en la pasión y muerte del Redentor. En las misiones dicen que llevaba un estandarte del «Ecce homo», que se conservó por largo tiempo en la casa madre de su Congregación, pero se destruyó en el asalto y ocupación de la misma en la persecución religiosa de 1936-1939.

Colgado al pecho llevaba nuestro Santo un crucifijo, con el que aparece, vestido de hábito, en la única fotografía que se le conoce, ya ciego y con escasa movilidad.

Por lo que respecta al contenido de sus sermones sobre Cristo sufriente algo puede rastrearse a partir de las meditaciones que editó como comentario de los misterios dolorosos del rosario, o cuando escribió sobre las palabras que pronunció el Señor en la cruz. Ante todo evocaba los relatos evangélicos, pero proyectándolos siempre a mover a la gratitud, arrepentimiento y a servirse de los divinos ejemplos. Destacaba la oración de Jesús al Padre en diferentes momentos, el sufrimiento moral y físico, «ya que se vio afligido por un tormento tras otro»¹⁷, la traición y abandono de los discípulos, burlas e insultos, «¡un rey prisionero y atado por sus mismos súbditos!»¹⁸, indefensión, trato como a un malhechor, desprecios, y, a pesar de todo, brillaba el Señor por su serenidad y mansedumbre.

Pero no redujo la predicación sobre Cristo a presentar la pasión. Se extendió a su vida, que es toda redentora. Estimaba que la encarnación se orienta ya claramente a conseguir la elevación de la humanidad. El móvil de la misma es un designio inefable del amor de Dios¹⁹. Este amor es incapaz de permanecer ocioso ni por un momento, una vez que el Verbo asume la condición humana en la pobreza más desconcertante²⁰.

¹⁶ TEST, p. 568.

¹⁷ OC, p. 397.

¹⁸ OC, p. 400.

¹⁹ OC, p. 441.

²⁰ Éste era su modo de expresarse: «Contempla cómo nació de María, en el desabrigo del portal, delicado y pequeño infante, este Dios tan grande, que no cabe en el cielo ni en la tierra; cuán empuerqueñecido un Señor inmenso, y cuán paciente y benigno el que antes se llamaba Dios de las venganzas». OC, p. 442.

El hogar de Nazaret fue espacio de obediencia y sumisión²¹. La resurrección comunica la vida de Dios a los redimidos, para que así viva en ellos el Salvador. María contempla con gozo incomparable a su hijo resucitado, glorioso y triunfante de la muerte. El camino de la cruz y penitencia conduce a resucitar con Cristo a la vida de la gracia, y a participar del verdadero consuelo y de sus glorias. Por su propia virtud asciende al cielo y abre las puertas que el pecado había cerrado. Allí prepara tronos de gloria con el precio infinito de su sangre. Envía su Espíritu para comunicar inestimables dones, gracias y consuelos²².

Centro del misterio de Cristo es la Eucaristía, y hacia ella enfocaba la reflexión y la práctica cristiana. Su costumbre diaria desde que fue nombrado para ayudar en la parroquia de Moirà era celebrar la misa y meterse después en el confesonario²³. Se preparaba con un gran rato de oración, que hacía de rodillas, y lo mismo realizaba para dar gracias²⁴.

«El fervor con que celebraba la Misa, le hacía parecer como extasiado; la decía con pausa, pero sin pesadez, extendiendo los brazos con visible devoción, tanto, que las gentes durante las Misiones preferían su Misa a la de sus compañeros»²⁵.

9.- Las «alabanzas de María, tema de predicación inagotable»

En estos términos se expresaba fr. Francisco Enrich al resumir su incansable predicar durante más de treinta años. Fue muy devoto de María desde la infancia. La Santísima Virgen le llevaba por el camino de Jesucristo, particularmente en la meditación de los misterios del rosario. Tal devoción fue creciendo en él desde las etapas formativas, en el seminario y en la vida religiosa. En los años de estudiantado lo recordaban con el rosario en la mano, como manifestación de su gran amor a María²⁶.

Las crónicas de sus misiones ofrecían múltiples detalles sobre el modo de fomentar esta devoción mariana. A veces refería anécdotas sobre su eficacia, o invitaba a los viajeros de los carruajes a rezarlo. Llevaba un estandarte donde se representaba la Virgen del Rosario, el estandarte de la «Virgen Misionera». Su compañero de equipo, Isidro Dalmau, escribía:

«Entrábamos en los pueblos con un estandarte de la Virgen del Rosario (se conserva en Vich y lo usa el Rosario de la Aurora)²⁷, y rezando tan santa devoción nos dirigíamos a la iglesia, y el buen P. Coll, desde el púlpito, anunciaba la hora de la procesión por la noche y el orden de las funciones de la santa Misión»²⁸.

21 OC, pp. 443-444.

22 OC, pp. 447-448.

23 H. Antonell, TEST, p. 673.

24 H. Arbós, TEST, p. 685.

25 H. Ribas, TEST, p. 758.

26 Fr. Domingo Coma, TEST, p. 697. Así lo recordaba en Moirà la H. Antonell, TEST, p. 676, y la H. Arbós, cuando se refería a sus viajes, TEST, p. 680.

27 Se perdió durante la persecución religiosa de 1936 a 1939, pero puede verse una reproducción en el museo del P. Coll en Vic.

28 TEST, p. 704 .

4.- «Comunidad Predicadora de Mártires» de la Anunciata, luz y apoyo en la peregrinación contemporánea

La Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata posee una «comunidad apostólica» predicadora de extraordinario valor, que está constituida por siete Hermanas, cuya santidad ha sido reconocida por la Iglesia con el título de Beatas (2007).

Podría recordarse cuanto afirma el concilio Vaticano II, en su constitución dogmática «Lumen Gentium», n. 50:

«Siempre creyó la Iglesia que los Apóstoles y mártires de Cristo, por haber dado el supremo testimonio de fe y de caridad con el derramamiento de su sangre, nos están más íntimamente unidos en Cristo. Les profesó especial veneración, junto con la Bienaventurada Virgen y los santos ángeles e imploró piadosamente el auxilio de su intercesión» (*Lumen Gentium*, n. 50)



Beata Ramona Fossas Romans

Nació en Ripoll, 1º de noviembre de 1881. Cuando tenía 19 años falleció su padre y, como era la mayor de cuatro hermanos, ayudó a su madre trabajando como modista; visitaba a pobres y enfermos, en sus casas o en el hospital. Entró en las dominicas de la Anunciata el 6 de junio de 1903, en la casa madre de Vic, donde pasó el postulante; tomó el hábito en la misma casa el 17 de agosto de 1905. Estuvo asignada en las comunidades de Vic, Villanueva de Castellón (Valencia), Valencia, Sant Viçens de Castellet (Barcelona), Játiva (Valencia), Castell del Remei (Lérida), Gerona, Pineda de Mar, Canet de Mar, monasterio de Montserrat, y Barcelona—calle Trafalgar. En las tres últimas comunidades como priora.

Era muy exigente para consigo misma, muy piadosa y entregada a lecturas espirituales, puntual en la asistencia a las clases; aunque exigía a las alumnas era muy apreciada por ellas. De carácter más bien serio, formal en el trato, recta y cumplidora del deber; tenía una formación espiritual muy sólida; era una verdadera madre para con las religiosas de las comunidades que presidió, asequible en todo y con ánimo de ayudar donde fuera necesario. Se distinguía por su devoción a la Eucaristía y por el ejercicio de la caridad. Recordaban que en el colegio de Villanueva de Castellón (Valencia) revelaba una virtud extraordinaria.

El 27 de julio de 1936 ordenaron a las hermanas Ramona Fossas, Adelfa Soro, Teresa Prats, Otilia Alonso y Ramona Perramón salir de su convento, situado en la calle Trafalgar, para someterlas a interrogatorios; los perseguidores, en diferentes lugares, desplegaron el mayor empeño para que apostataran de su fe, abandonaran la profesión religiosa y accedieran a sus propuestas deshonestas, pero ellas respondieron con serenidad y firmeza invencibles. Con pretexto de devolverlas al convento les hicieron subir a un camión, aunque éste tomó de hecho rumbo hacia la montaña del Tibidabo. Pasado el pueblo de Vallvidrera, en la revuelta denominada El Fero —hoy de «les Monges»— les hicieron descender del vehículo y dispararon contra ellas una a una. Dos de ellas, sin embargo, sobrevivieron breve tiempo y pudieron relatar su «pasión». La beata Ramona Fossas, animadora del grupo de mártires, contaba 54 años de edad.



Beata Adelfa Soro Bó

Nació el 6 de marzo de 1887 en Villanueva de Castellón (Valencia), y fue bautizada en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción el 7 de marzo, con los nombres de *Adelfa, Josefa, Fermina*; sus padres se llamaban Rafael y Dionisia, fue confirmada por el cardenal Antolín Monescillo y Viso hacia 1895; recibió formación en el recién

fundado colegio de dominicas de la Anunciata de su pueblo natal, congregación en la que ingresó en la casa madre de Vic el 3 de marzo de 1905; tomó el hábito el 30 de abril de 1905; profesó temporalmente el 30 de abril de 1907. A su nombre Adelfa añadió en la vida religiosa *de Nuestra Señora del Rosario*.

Dotada particularmente para la música, desempeñó el ministerio de la enseñanza impartiendo clases de solfeo y piano, y también de labores; era muy trabajadora en la formación de las niñas y jóvenes; muy celosa en el cumplimiento del deber; gozaba de buenas cualidades para atraer a las alumnas, y llevarlas por el camino del cielo; tenía un carácter dulce y amable, modelo de virtud, con la intención siempre dirigida a Dios; se distinguía por su amor a la orden dominicana; se ofrecía para cuidar a las enfermas, y contagiaba entre su alumnado el amor a los enfermos. Estuvo destinada en Sant Andreu de Palomar (Barcelona), Gerona-colegio «Ntra. Sra. Del Rosario», Salt (Gerona), Castell del Remei (Lérida), Barcelona-calle Trafalgar. Se mostró de carácter optimista y procuraba alentar a sus hermanas más temerosas en tiempos en que se cernía la persecución contra los cristianos. Sufrió el martirio a los 49 años de edad en las condiciones relatadas para la beata Ramona Fossas.

Beata Teresa Prats Martí



Natural de Ciutadilla, población de la provincia de Lérida, y archidiócesis de Tarragona; nació el 8 de enero de 1895; era hija de Antonio, natural de Ciutadilla y de oficio labrador, y de María, natural de Vallfogona (Tarragona), ambos domiciliados en la calle mayor de Ciutadilla; fue bautizada el 9 de enero y le impusieron los nombres de *Teresa Dolores Victoria*. Frecuentó la escuela nacional; a los trece años era ya hábil costurera; para ayudar a la familia se dedicó a coser y bordar; Hija de María, formó parte del coro parroquial, y del grupo de catequistas; visitaba enfermos y los remediaba según sus posibilidades.

A los 23 años las dominicas de la Anunciata le facilitaron la incorporación al taller de costura que dirigían junto al monasterio de Nuestra Señora de Montserrat. Ingresó en la congregación, en la casa madre de Vic, el 11 de septiembre de 1920; tomó el hábito el 5 de abril de 1921, e hizo su primera profesión el 5 de abril de 1922; emitió los votos perpetuos en Vic el 5 de abril de 1928. Añadió en la vida religiosa a su nombre de Teresa el de *San Vicente Ferrer*.

Estuvo destinada en las comunidades de Barcelona–Horta, Sant Viçens de Castellet, Vic, como cocinera, profesora de labores y atención al internado, y, al fin, en Barcelona–Trafalgar. Como cocinera era muy trabajadora, abnegada y paciente, fiel cumplidora de sus compromisos religiosos

Contaba 41 años cuando fue martirizada, en las circunstancias que se han descrito al tratar de la beata Ramona Fossas.

Beata Otilia Alonso González



Nacida el 31 de diciembre de 1916 en Enfistiella, Nembra (Asturias), hija de Hermenegildo y Rosa; no se conserva partida de bautismo y dan varias fechas sobre el mismo, pero todas ellas a principios de enero de 1917; la confirmó el 11 de noviembre de 1925 el obispo de Oviedo Juan Bautista Luis Pérez, en la iglesia parroquial de Moreda; huérfana de madre a los dos años, pero acogida con gran cariño por la segunda esposa de su padre, inició la educación primaria en la escuela nacional y la completó junto a las dominicas de la Anunciata en Caborana; entró en la congregación en Vic el 10 de abril de

1932; tomó el hábito el 14 de octubre de 1932; profesó el 15 de octubre de 1933; recién renovados sus votos en 1935 la destinaron a Barcelona-Horta para que comenzara el magisterio. En julio de 1936 pasó a la comunidad de Barcelona-Trafalgar en espera de poder buscar refugio en Asturias. A su nombre añadió en la vida religiosa, *de Santa Rosa de Lima*. Tenía un carácter jovial; le gustaba cantar, era muy buena religiosa y observante de cuanto había profesado.

Siguió las vicisitudes martiriales de la beata Ramona Fossas y compañeras, pero sobrevivió durante unas horas a los disparos mortales. Fue recogida por personas caritativas que la condujeron a un hospital provisional de la Cruz Roja. Pudo transmitir a un médico la dirección de su familia, le pidió que visitase a sus padres y les dijera que moría conformada y pura, totalmente entregada a la voluntad de Dios; antes de morir pidió una medalla para besarla y rezar, duró poco menos de dos horas. Contaba 19 años de edad.

Beata Ramona Perramón Vila



Nació en Vic (Barcelona) el 29 de agosto de 1898; fueron sus padres Ramón, natural de Collsuspina (Barcelona) y Ana, natural de Vic, y domiciliados en esta ciudad, en la calle Plaza D. Miguel n. 6; fue bautizada a los pocos días en la iglesia de la Pietat con los nombres de *Ramona, Rosa, María*, confirmada en la iglesia de Santo Domingo el 10 de septiembre de 1898; recibió instrucción elemental en el colegio de las religiosas perpetuas adoratrices de Vic; sirvió como auxiliar doméstica, trabajó en una fábrica textil, frecuentó la escuela dominical de las dominicas de la Anunciata, en cuya congregación entró el 13 de septiembre de 1920; tomó el hábito el 5 de abril de 1922; profesó perpetuamente en Vic el 5 de abril de 1928. Su único destino fue la comunidad de Barcelona-Trafalgar. A su nombre de Ramona añadió en la vida religiosa el *del Dulce Nombre de María*. Se distinguió siempre por su religiosidad, ejemplar en grado sumo; descubrían en ella la humildad personificada, una sonrisa perpetua sellaba sus labios; su habitual recogimiento se transparentaba en la modestia; fue muy devota de la Santísima Virgen; trataba con gran amabilidad a las niñas; se entregaba sin descanso al servicio de los demás, aún sufriendo una enfermedad que le producía frecuentes cólicos nefríticos.

Murió a los 37 años de edad; como la anterior, la beata Otilia, quedó gravemente herida; la atendieron también en el hospital de campaña mencionado. Sobrevivió durante la noche del 27 al 28 de julio de 1936; dio la impresión a sus buenos samaritanos de persona llana, franca y sencilla; se manifestó contenta de su suerte; cuando contaba algo de sus sufrimientos pedía que no lo tomaran nunca en el sentido de ofender o perjudicar a nadie, que tomaran sus palabras como motivo de gloria a Dios, y repetía que quería hacerse digna de lo que consideraba una gracia inmensa, regalo de Dios: el martirio.

Beata Reginalda Picas Planas



Nació en Borredà, provincia de Barcelona y diócesis de Vic, el 25 de mayo de 1895, fue bautizada en la parroquia de Santa María el 26 de mayo, hija de Ramón, de oficio tejedor, y Concepción; estaban domiciliados en la calle Manresa n. 2; le dieron los nombres de *Regina, Rosenda y Ramona*; sin embargo, cuando su padre le dió el consentimiento para entrar en la vida religiosa en marzo de 1919, la llama *Reginalda*; se confirmó el 23 de noviembre de 1895; recibió su primera formación en la escuela nacional y en el colegio de las dominicas de la Anunciata de su pueblo; después de un tiempo de experiencia de trabajo ingresó en esta congregación en Vic el 24 de marzo de 1919; tomó el hábito el 30 de septiembre de 1919; hizo su primera profesión el 30 de septiembre de 1920, y la perpetua, en

Vic, el 20 de septiembre de 1926. A su nombre de bautismo añadió en la vida religiosa *de Nuestra Señora del Pilar*.

Ya de niña soñaba con ser mártir. Muy probada por la enfermedad, estuvo destinada por la región de Asturias, dedicada a diferentes labores y clases en grados elementales: Boo (Aller), Oviedo, Ablaña (Mieres), Sama de Langreo, y Gijón. Era muy sufrida en su delicado estado de salud por la dolencia hepática que le afectaba; era amable con las demás religiosas; cumplía cuanto había profesado; trataba a sus alumnas párvulas con mucho cariño y abnegación. Hacia el final de su vida pasó al colegio de Manresa (Barcelona). El primer día de 1936 comentaba a otra religiosa que Dios no le había permitido ser mártir en Asturias, pero presentía que lo iba a ser en Cataluña. Contaba 41 años de edad.

El 26 de julio de 1936 un grupo de milicianos registró el domicilio de Manresa donde se hallaba refugiada con la beata Rosa Jutglar, de quien se tratará a continuación; fueron objeto de burlas y propuestas deshonestas; ellas se mostraron firmes en su fe y dispuestas al martirio. Al día siguiente, 27 de julio, fueron en busca de la beata Rosa a otra casa donde estaba refugiada; allí estaba también la beata Reginalda, que no quiso separarse de su hermana; les apresaron y dieron muerte en el término de Castellgalí (Barcelona), en la zona denominada dels Torrents.

Beata Rosa Jutglar Gallart



Nació Sabassona, provincia de Barcelona y diócesis de Vic, el 25 de enero de 1900; era hija de Pedro y Dolores; fue bautizada el 27, y confirmada el 15 de agosto de 1901 en la iglesia parroquial de Santa María de Folgarolas; realizó sus estudios primarios en el colegio de las dominicas de la Anunciata de Folgarolas (Barcelona); fue trabajadora en una fábrica, e ingresó en la congregación de las dominicas de la Anunciata, en Vic, el 19 de marzo de 1920; tomó el hábito el 30 de septiembre de 1920; hizo la primera profesión el 30 de septiembre de 1921; emitió los votos perpetuos en Vic el 30 de septiembre de 1927.

Su único destino fue el colegio de Manresa, desde la profesión. Se cuidaba de la sección de niños párvulos y era muy querida por ellos. Algunas niñas de sus clases recordaron por mucho tiempo los cuidados maternos que les prodigaba. Era alegre y jovial, sencilla, candorosa. Sufrió el martirio, como queda dicho, con la beata Reginalda Picas; tenía 36 años de edad. Las reliquias de ambas, unidas en la muerte, se veneran asimismo unidas en un sepulcro colocado en la iglesia de Nuestra Señora de Valldaura de Manresa, perteneciente al colegio de las hermanas dominicas de la Anunciata.

CONCLUSIÓN

Estas jornadas de convivencia, en la celebración de la fe y en la reflexión de temas que nos son tan propios, animan a continuar la construcción del edificio de la «comunidad predicadora», que es la Congregación.

Recibimos ánimos de la indefectible presencia del Señor en medio de su «obra». De que la Congregación es «obra de Dios» no le cabía la menor duda a San Francisco Coll. Animaba, además, a arrojar las posibles dudas que pudieran llamar a las puertas de las Hermanas.

Recordamos el final del evangelio según San Mateo: «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20).